

FERNANDO ORTIZ LETELIER

El Movimiento Obrero en Chile

(1891 - 1919)



ÍNDICE

Presentación a la edición de 2005	5
Nota de los editores a la edición de 1985	9
Presentación	11
Palabras preliminares	21
Prólogo	23
Capítulo I	
Desarrollo económico de Chile (1891-1919)	29
A. La minería	29
a) El salitre	31
b) El cobre	43
c) El fierro	49
d) El carbón	50
e) Otros minerales	52
B. La industria	53
C. La agricultura	58
D. Las finanzas	62
E. El imperialismo	67
Capítulo II	
El proletariado: Trabajo y existencia	75
A. El proletariado y la población chilena	75
B. El problema de la ocupación	77
a) Los enganches	77
b) El enganche de obreros peruanos y bolivianos	78

c) La inmigración china	80
d) La cesantía	81
e) Carencia de contrato de trabajo	84
C. El problema de la remuneración	85
a) Los salarios	85
1) Salarios de los obreros del salitre	85
2) Salarios de los obreros del carbón	90
3) Salarios de los obreros del cobre	91
4) Salarios de los obreros de la industria	93
5) Las remuneraciones de los empleados públicos	93
6) El salario de los campesinos	94
b) La jornada de trabajo	96
c) El trabajo de las mujeres y los niños	98
d) Las fichas	99
e) Las pulperías y la libertad de comercio	101
f) La desvalorización de la moneda	102
D. Los accidentes de trabajo	104
E. El problema de la vivienda	105
F. El problema de la educación	108
G. La delincuencia. Los vicios	110
H. La justicia	111
Capítulo III	
Luchas y organizaciones del proletariado	113
A. Primeras manifestaciones de protesta	113
a) Las primeras luchas de la clase obrera	113
b) Las organizaciones mutuales	115
B. La lucha del proletariado en la última década del siglo XIX	117
a) El movimiento de 1890	117
b) Otros movimientos huelguísticos en la década del 90	122
c) Las organizaciones obreras	123

d) Los partidos políticos y la nueva realidad social	125
C. Los años sangrientos	126
a) La celebración del primero de mayo	127
b) Las manifestaciones de protestas	128
1) La lucha por una remuneración justa	129
2) La lucha por la abolición de multas	137
3) La lucha contra la carestía de la vida	138
4) La lucha contra las pulperías	139
5) La lucha contra la intensificación del trabajo	141
6) La lucha por una jornada racional de trabajo	141
7) La lucha por el descanso dominical	146
8) La defensa de la industria nacional	146
9) La lucha contra la desvalorización de la moneda.	
La masacre de la Escuela Santa María	147
c) Las tácticas de lucha del proletariado	157
d) La discusión sobre el origen y significado de las huelgas	158
e) Las organizaciones de la clase obrera	163
1) El Congreso Social Obrero	163
2) Las Mancomunales	164
3) Las organizaciones de resistencia	167
4) Otras organizaciones	168
D. El decenio de la Primera Guerra Mundial	169
a) El proceso de los subversivos	169
1) El caso de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio	171
2) El caso de Efraín Plaza Olmedo	171
3) El caso de Antonio Ramón Ramón	171
4) El caso de Julio Rebosio	172
5) El caso de Casimiro Barrios	173
6) La Ley de Residencia	173
b) La lucha por una mejor remuneración	174

c) Huelgas del cobre	175
d) La lucha de la jornada de ocho horas	176
e) La huelga del “mono”	177
f) La huelga “del tarro”	180
g) La incorporación del magisterio a las luchas sociales	180
h) La lucha contra la carestía de la vida	180
i) La masacre de Puerto Natales	180
j) El Gobierno y las huelgas	182
k) Las organizaciones de la clase obrera	183
1) La Federación de Obreros de Chile (FOCH)	183
2) La I.W.W.	187
3) Otras organizaciones	188
4) Organización de los campesinos	188
l) La organización de las mujeres	189

Capítulo IV

Los partidos políticos frente a la cuestión social	193
A. Los problemas sociales	193
a) La cesantía	195
b) Los contratos de trabajo	197
c) El trabajo de niños y de mujeres	197
d) Las fichas	197
e) Los accidentes de trabajo	198
f) La vivienda	199
g) La educación	201
h) El ahorro forzoso	202
B. Los partidos políticos	203
a) El Partido Conservador	203
b) El Partido Liberal	206
c) El Partido Liberal-Democrático	208
d) El Partido Nacional	209

e) El Partido Radical	210
f) El Partido Demócrata	214
C. El socialismo en Chile	216
a) Antecedentes	216
b) El Partido Demócrata y el Socialismo	217
c) El Partido Obrero Socialista	218
1) Fundación	218
2) Programas y Estatutos	221
3) Posición ante la guerra y tradición internacionalista	223
4) Apreciación general	226
d) Luis Emilio Recabarren	226
Apéndice	
Programas de los Partidos Políticos	229
A. Programa del Partido Demócrata	229
1. Aprobado el 14 de julio de 1889	229
2. Principales modificaciones al Programa aprobadas en 1913	232
B. Programa del Partido Radical	233
1. Aprobado en la Convención de 1888	233
En el orden político	234
En el orden administrativo y económico	235
2. Declaración aprobada en la Convención de Concepción de 1919	236
C. Programa del Partido Liberal-Democrático	237
1. Aprobado el 22 de noviembre de 1896	237
D. Programa del Partido Conservador	240
1. Acordado en 1878 y ratificado en 1895	240
Religión	240
Libertad de enseñanza	240
Descentralización administrativa	240
Libertad electoral	241
Incompatibilidades parlamentarias	241

Hacienda	241
Mejoramiento material, económico y moral de la clase obrera	242
2. Principales disposiciones programáticas aprobadas en 1918	242
E. Programa del Partido Liberal	243
1. Programa de 1907. Parte relativa al problema social	243
F. Programa del Partido Nacional	244
1. Programa de 1910. Parte relativa al problema social	244
En el orden social	244
G. Programa del Partido Obrero Socialista	244
Declaración de principios	244
Programa de mejoramiento político	246
Reforma de la enseñanza	247
Mejoramiento económico	247
Medidas especiales para los trabajadores de las faenas salitreras y mineras	249
Bibliografía	247

PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN DE 2005

En 1956, Hernán Ramírez Necochea, fundador y miembro emblemático de la ahora llamada “Escuela Marxista Clásica” de historiadores chilenos, publicaba su *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes-Siglo XIX*. Se trataba de una de las primeras incursiones profesionales en un ámbito hasta entonces prácticamente ignorado de la historia nacional, como lo era el de sus clases trabajadoras. Pocos eran quienes por aquellos años, incluso entre las filas de la izquierda, se habían preocupado de reconstruir sistemáticamente la experiencia de un actor social que había formado parte esencial de la experiencia colectiva, y que esa misma izquierda, como lo expresara Ramírez Necochea en la Introducción a su obra, consideraba la clase social “a la que pertenece el porvenir”. La senda entonces abierta por Ramírez y otros historiadores de su generación, como Marcelo Segall, Jorge Barría, Luis Vitale y Julio César Jobet, daría en los años sucesivos importantes y fecundos frutos, constituyéndose en un referente obligado para cualquier estudio o debate enfocado hacia nuestra desgarrada historia social. Los años sesenta, el gobierno de la Unidad Popular y los largos diecisiete años de dictadura refrendaron la relevancia, tanto para el pasado como para el presente, del sujeto obrero por ellos reivindicado, y cuyo aporte, en este neoliberalizado comienzo de siglo, se corre el serio riesgo de volver a olvidar.

El mismo año de la aparición de la *Historia del movimiento obrero en Chile*, un discípulo de Ramírez Necochea, Fernando Ortiz Letelier, rendía su examen de grado para obtener el título de Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica en el célebre “Pedagógico” de la Universidad de Chile. La tesis allí defendida, titulada *El movimiento obrero en Chile, 1891-1919*, se proponía retomar la investigación iniciada por su maestro (de hecho, la tesis también se subtitulaba, modestamente, “Antecedentes”), más o menos desde la misma fecha en que éste la había dejado, la última década del siglo XIX, y prolongarla hasta la víspera del “Cielito Lindo” alessandrista de 1920. De esa forma, los años que ahora se identifican como la “etapa heroica” del

movimiento obrero chileno, los años de Santa María de Iquique y Luis Emilio Recabarren, del Partido Obrero Socialista y la Federación Obrera de Chile, de las sociedades en resistencia y la IWW, se constituían prácticamente por primera vez en objeto de un estudio histórico monográfico, con consulta a fuentes primarias y reconstitución pormenorizada de luchas y organizaciones. La semilla plantada por Ramírez germinaba con notable rapidez.

En los años posteriores, Fernando Ortiz siguió también los pasos de Ramírez Necoechea en la docencia universitaria, participando activamente en el movimiento de Reforma Universitaria de fines de los sesenta y llegando a integrar el Consejo Superior de la Universidad de Chile. Simultáneamente, y marcando otro paralelo con la trayectoria de su maestro, siguió cultivando su antigua militancia en el Partido Comunista de Chile, de cuyas Juventudes había llegado a ser Secretario General durante la tristemente célebre presidencia de Gabriel González Videla. Hacia la época que aquí se recuerda, Ortiz había sido incorporado al Comité Central de su partido, cargo en que lo sorprendió el golpe militar de 1973.

Pese a su previsible despido de sus labores docentes, Fernando Ortiz permaneció en Chile bajo el régimen dictatorial de Pinochet, con todos los riesgos que ello implicaba. Tras la caída masiva de la Dirección Interna del Partido Comunista en mayo de 1976, en la operación de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) conocida como “el caso de la calle Conferencia”, Fernando Ortiz fue promovido a la máxima dirección de su partido en compañía de Waldo Pizarro, Horacio Cepeda y Fernando Navarro. El historiador Rolando Álvarez ha recordado en su obra *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*, también editada por LOM, cómo esa segunda Dirección Interna en la clandestinidad sólo consiguió sobrevivir unos pocos meses a su antecesora. En diciembre de ese mismo año 1976, la DINA secuestró e hizo desaparecer a todos los miembros de esa Dirección, incluyendo a Fernando Ortiz Letelier. Sólo en marzo del 2001, 25 años después de su desaparición, el Instituto Médico Legal pudo comprobar que algunos de los restos encontrados en 1984 en los cerros de Cuesta Barriga correspondían al malogrado dirigente comunista e historiador.

En 1985, un año después del hallazgo de los restos de Cuesta Barriga, Ediciones Michay de Madrid publicó por primera vez, como un póstumo y merecido homenaje, la antigua tesis de grado de Fernando Ortiz. Ese mismo año, y como en una feliz coincidencia, aparecía en Santiago la primera edición del texto de Gabriel Salazar

Labradores, peones y proletarios, hito fundacional de una nueva generación de estudios históricos que, con la aleccionadora experiencia de la Unidad Popular, el golpe de 1973 y la dictadura pinochetista a cuestas, retomó y proyectó hacia nuevos horizontes la línea iniciada décadas antes por historiadores como Fernando Ortiz Letelier. Mucho se ha avanzado en ese proyecto colectivo en el tiempo transcurrido desde entonces, enriqueciendo nuestros conocimientos sobre los sectores populares chilenos y su tremendo aporte a la historia nacional. Sin embargo, la obra de Fernando Ortiz se mantiene como un clásico que ésta y futuras generaciones interesadas en nuestra historia siempre volverán a leer con provecho. Por eso, a veinte años de su primera edición, a casi treinta de la desaparición de su autor, y a medio siglo de ser escrita por primera vez, LOM Ediciones ha decidido publicarla por primera vez en Chile, contribuyendo una vez más al rescate de nuestra memoria social y popular. Mientras ella siga circulando, la figura de Fernando Ortiz estará siempre disponible para decirnos: “¡Presente!”.

Julio Pinto Vallejos
Coordinador Colección Historia
LOM Ediciones

PRESENTACIÓN

Tal vez la mejor introducción al libro de Fernando Ortiz Letelier sean sus propias palabras: “...1907 marca la cúspide de la celebración del Primero de Mayo por esos años. Treinta mil personas asisten al mitin organizado por la Mancomunal de Obreros y la Federación de Trabajadores de Chile. Todos los obreros de la capital paralizan sus labores. A la concentración del Parque Cousiño asisten treinta y cinco Sociedades de Resistencia. Carmela Jeria habla en representación del periódico *La Alborada*, Inés Macías por las costureras, Ricardo Guerrero por el diario *La Reforma* y Francisco Gallardo por la Federación de Zapateros”.

Entramos así de lleno en un pasado, no tan lejano en el tiempo, pero en cambio tan ajeno hoy a la realidad chilena.

Suele decirse respecto al movimiento obrero que el arrasamiento sufrido en casi nueve años* de dictadura militar, lo han hecho retroceder en sus conquistas en más de cincuenta años. Una entre tantas afirmaciones inserta por cierto en la táctica del régimen para convencer a un pueblo de la futilidad de su historia anterior al 11 de septiembre de 1973. Sin embargo, fácil es comprender que si la clase obrera fue capaz en 1907 de “celebrar” la fiesta internacional del trabajo con un mitin de treinta mil personas; que si los trabajadores abandonaron sus faenas –aún no era día feriado el 1° de Mayo – para concurrir con sus familias al Parque Cousiño, animados por el sentimiento de pertenecer a una clase con clara percepción de sus intereses comunes, sus objetivos y métodos de lucha; que si en esta grandiosa concentración del pueblo sus organizadores muestran una conciencia tan clara como para asignar altas responsabilidades a las mujeres y destacarlas entre sus principales oradores, es porque ya había entrado en escena un proceso de densa trayectoria.

* Esta presentación fue escrita en Santiago, Chile, en 1982.

En 1956 Hernán Ramírez Necochea publicó su *Historia del movimiento obrero en Chile*. Está convencido de la necesidad que “la clase obrera chilena se mire a sí misma, mida sus fuerzas, esfuere su combatividad, perfeccione sus instituciones y las fortalezca”. “Interesa –escribe– hoy más que nunca que el proletariado conozca su verdadera historia”.

Con esta misma convicción Fernando Ortiz Letelier expresa: “La historia Social de Chile recién empieza a estudiarse. Algunas Memorias y unos cuantos trabajos han contribuido poderosamente a dar luz sobre aspectos inéditos de nuestro pasado que explican gran parte de nuestro presente. Chile se destaca en el hemisferio por su acendrada conciencia democrática; descubrir sus raíces constituye, a juicio nuestro, el más apasionante de los problemas. Esta Tesis pretende reunir materiales que faciliten la tarea de los estudiosos de nuestra realidad social”.

Cobran dramática actualidad sus palabras en estos días. Este gobierno solo maneja números, porcentajes, datos impersonales arrojados por las computadoras. Ignora a las gentes de carne y hueso y estima legítimo ejercer sobre ellas cualquier violencia física, psicológica, moral. Vano intento si con ello pretende extirpar realidades históricas invulnerables como lo es la clase trabajadora, el proletariado chileno con toda su carga dialéctica de fuerza social mayoritaria y decisiva en el curso histórico de un pueblo.

Entre los primeros signos de movilización obrera aparece en Chañarcillo, 1834, una interrupción de faenas como expresión de rebeldía ante las miserables condiciones que rodeaban las labores productivas. No sería inmodesto por tanto afirmar que el movimiento obrero chileno tiene siglo y medio de existencia y constituye parte sustantiva de nuestro desarrollo económico, institucional y social.

Fernando Ortiz escribió esta Tesis para obtener su Título de Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica, en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, en 1956. Continuaba así la línea de trabajo de su maestro, amigo y compañero de Partido, el profesor Hernán Ramírez Necochea. La presente edición aparece como un homenaje a un militante ejemplar que, desde muy joven, vinculó su vida a los intereses y aspiraciones de su pueblo y que desde el mismo día del golpe militar, jamás abandonó la lucha contra la opresión de la Junta, hasta el instante mismo en que ingresa a la larga lista de chilenos detenidos desaparecidos (1976).

Esta obra retoma el hilo de la investigación donde la dejara Hernán Ramírez: “Nos hemos propuesto dar a conocer los antecedentes generales de la cuestión social

en Chile en el período comprendido entre 1891 y 1919, período del parlamentarismo, del auge del salitre y de la penetración de los capitales extranjeros”. Cubre una época de extraordinario empuje en la lucha del proletariado chileno, con logros notables y dolorosos retrocesos, pero a lo largo de ella se perciben el avance paulatino, la integración de fuerzas y la tenaz búsqueda de la unidad.

No cabe en estas palabras preliminares el análisis detenido. Pensarlo siquiera resulta pretencioso, ante la densidad del material acumulado, la calidad y variedad de fuentes consultadas, la visión global dentro de la cual está planteada la “cuestión social” chilena en esos años. Cabe, sí, subrayar algunos temas como sincero intento de motivar su lectura, reflexión, discusión, por lo incisivo que ellos resultan en el panorama nuestro de estos años.

Ortiz tiene por sobre todo el propósito de demostrar la inmensa contribución de la lucha de los trabajadores chilenos al proceso de creciente democratización de la vida nacional. Más allá de las reivindicaciones salariales, la jornada de ocho horas, la protesta contra el abusivo sistema de pulperías y fichas, el descanso dominical, están las relativas a la carestía de la vida, la preocupación por la alfabetización y expansión del sistema educacional, las actividades culturales, la atención a la salud, la vivienda digna, la libertad de expresión, la prensa obrera, el reconocimiento del rol económico social de la mujer y la protección de ésta y los menores frente a la sobreexplotación de los empresarios; la solidaridad internacional y el apoyo a las luchas del proletariado mundial. Los trabajadores chilenos perciben muy tempranamente los manejos del imperialismo, primero el británico en el salitre, luego el de los Estados Unidos en el cobre y el descarado contubernio entre éstos y sectores de la naciente burguesía chilena, gestores presentes en todo nivel de las esferas de gobierno y decisión. La actitud de insobornable defensa de las riquezas nacionales, los recursos naturales, el desarrollo industrial autóctono, ocupa muchas páginas de aquella magnífica prensa obrera y otras tantas en los pliegos de peticiones a las empresas.

Un capitalismo agresivo ligado a gobiernos negligentes, descarga sobre las luchas obreras todas las fuerzas de que es capaz, estimulado por los intereses foráneos cuya avidez por este pequeño lejano país de insospechadas riquezas minerales, les empuja hasta a los actos más condenables de intervención. En el curso de una gran huelga de los portuarios, ferrocarrileros y otros trabajadores de Tocopilla, en 1903, el Cónsul inglés “dirigía a los rompehuelgas desde un bote que llevaba izada la bandera inglesa”.

Ese mismo año eran denunciadas en la Cámara de Diputados las instrucciones “del Subsecretario de Marina de los Estados Unidos a la Escuadra Americana del Pacífico, para dirigirse a Valparaíso en caso de que la escuadra del almirante Sumner no sea lo suficientemente fuerte para hacer respetar los intereses americanos”.

La deliberada indiferencia gubernamental, el predominio en el Congreso Nacional de las clases enriquecidas, la ausencia de partidos políticos con posiciones doctrinarias más desafiantes y ligadas a la clase obrera hacían posible todo tipo de negocios contrarios a los verdaderos intereses nacionales.

Ya en 1888 se habían abierto de par en par las puertas a la penetración extranjera. Sus inversionistas podían tranquilamente acaparar los terrenos fiscales salitreros. Las palabras de José Elías Balmaceda en el Senado, 1904, resultan hoy de punzante actualidad: “Esos pedimentos –de terrenos salitreros – van siendo totalmente acaparrados por sindicatos extranjeros, por medio de la compra a vil precio, dos peniques por quintal, de las existencias de salitre calculadas... De este modo no solo no se habrá conseguido nacionalizar la industria o que tengamos parte importante de ella, sino que se van a desnacionalizar los territorios”. (Senado, Sesión agosto 1904.) Palabras que suscitan de inmediato el paralelo con nuestros días. ¿Cuánta riqueza nacional no calculada ha entregado este gobierno solo con los yacimientos de “Los Pelambres”, “El Abra”, “La Escondida”?

Después de la guerra de 1879, el gran aumento de los capitales británicos invertidos en el salitre, la proliferación de empresas adyacentes, la posterior fusión y concentración de éstas, hicieron de Chile en pocos años una semicolonias del imperialismo inglés. Firmas salitreras que operaban en Londres dieron origen al Banco Anglo Sudamericano y no tardó en aparecer *The Iquique Times* para redondear al más puro estilo inglés el deleite de las elites criollas que profitaban con la paulatina entrega de las riquezas de la patria.

Desde la primera década del siglo veinte el imperialismo norteamericano inició la conquista del cobre chileno. De ello se encargarían la Chile Exploration Company y la Braden Copper Company. La prensa obrera no tardó en denunciar “el mito de las inversiones extranjeras”. *El Defensor de la Clase Proletaria*, de Iquique, escribe en su número del 9 de julio de 1905: ...“en muchas ocasiones hemos sostenido que lo que se llama ‘protección’ a estos países vírgenes de América, llevando gruesos capitales, no es otra cosa que burda explotación de las riquezas con que la naturaleza dotó a estas